



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote.



CABÓSE la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á don Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegria, y él las recibió con grave continente y aplauso (1), y dijoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que si haría, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi raba para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haría entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerias que don Quijote habia leído, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: no sé yo como

(1) Aplauso en Cervantes suele significar tono solemne, grave, pausado.—C.



puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo, que todo esto es cosa de mieles.

Y á vos, ¿que os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oílo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando estan ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que los tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo preguntaba este señor, respondió ella, no pude dejar de responderle.

Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huesped, aquellos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primero que abrió, vió que era don Cirongilio de Tracia (1), y el otro de Félix Marte de Ircania (2), y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego Garcia de Paredes. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos el de don Cirongilio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y dese Diego Garcia, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

(1) Escribióle Bernardo de Vargas: y se intitula: «Los libros de don Cirongilio de Tracia hijo del noble rey Elesfron de Macedonia, segun los escribió Novarco en griego, y Promusis en latin.» Sevilla, 1545, fol.—P.—La historia del Gran Capitan es la titulada Crónica del mismo, á que van añadidos los hechos ilustres de otros personajes famosos. Zaragoza, 1559; Alcalá de Henares, 1584 (y todavía hay otras ediciones) sin nombre de autor.

(2) Véase la nota en el cap. vi, donde se hace mencion de este libro en el escrutinio de los de caballeria, que tenia don Quijote.—P.



Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo



merecido: y este Diego Garcia de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante (1) en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, é hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio (2), las escribiera

(1) Espada de dos manos, arma antigua de ventaja conocida; de *montar*, palabra italiana. *Covarr.*—*Arr.*—*Montante*, espada larga de hoja y de gaviñanes. *Echar el montante* quiere decir mediar en alguna disputa.—*C.*

(2) Ni uno ni otro hecho se leen en la *Breve Suma* de la vida de Garcia de Paredes, escrita por el mismo que se halla al fin de la crónica del Gran Capitan ya citada, y si solo en el contexto de esta.



otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Rolandanes.

Tomaos con mi padre (1), dijo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que lei yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños (2); y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde hubo mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego Garcia que dice.



Oyendo esto Dorotea, dijo callando (3) á Cardenio: pocole falta á nuestro huesped para hacer la segunda parte de don Quijote (4). Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Ircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerias cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla (5): porque por Dios que no soy nada blanco (6): bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates y mentiras estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos

(1) Expresion irónica y vulgar, que equivale á reñid, meteos en contienda con mi padre.—Arr.

(2) Como los frailecicos que hacen los niños. El juguete que aquí se indica, serian vainas de habas cortadas de modo que la punta quedase pendiente como capucha, dejando descubierta parte del haba que representaba la cabeza, y lo demas de la vaina el cuerpo.—C.

(3) Callando, esto es, en voz baja, porque ya se ve que callar y decir implica contradiccion.—C.

(4) Los oficios que hacian las personas de las comedias, se decian partes ó papeles; quiere decir Dorotea que en esta comedia ó fabula caballeresca en que don Quijote hace la misma parte, ó el papel de primer galan, merecia el ventero hacer la segunda parte, ó el papel de segundo galan.—P.

(5) Esto es, engañarme, ó tratarme como á niño, ó quien se alimenta con papilla.—Arr.

(6) Esto es, bobo ó necio. Expresion de la Jernmania.—Arr.



fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio (1).

Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros; creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera licito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra estan escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decia: *Novela del Curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano.

Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura: mas con todo eso si la novela me contenta, me habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aunque no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiria, dijo: pues así es, estenme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

(1) Esto es, que asombran, que causan grande admiracion y sorpresa. Hé aquí de paso una delicada, é ingeniosa crítica de la indiscreta facilidad con que se permitia la impresion de tantas patrañas y absurdos como contenian los libros de caballerías, y al mismo tiempo de la necia y vulgar credulidad de los ganes, que tenían y aun tienen por verdadero todo lo que está impreso, ó en letras de molde, como ellos dicen.—Arr.